

IV.



El sábado siguiente, Luisa, que iba á pasar dos meses con los Chanteau, llegó de pronto á la terraza donde toda la familia estaba reunida.

Era al anochecer de un día muy caluroso de Agosto, aunque entonces soplabá fresca brisa del mar.

Allí estaba el cura Horteur, jugando á las damas con Chanteau; la señora Chanteau, sentada cerca de ambos, trabajaba en marcar un pañuelo; Paulina, de pie ante un banco de piedra, había hecho sentar á cuatro chicuelos de la aldea, dos niñas y dos niños.

—¡Cómo! ¿eres tú?—gritó la señora Chanteau.—Estaba ya doblando mi labor para salir á tu encuentro.....

Luisa dijo alegremente que el buen Malivoire la había traído como en alas del viento, y que no tenía necesidad de cambiar de traje, por lo cual, mientras su madrina se dirigió á la casa para disponer lo necesario á la instalación de la recién venida, ésta se contentó con atar su sombrero por las bridas al pestillo de una persiana, y besando en seguida á todos, acercóse á Paulina y la abrazó por el talle, sonriente y muy cariñosa.

—¡Mírame, chica! ¿Eh? ¡Ya somos grandes! ¡Como que tengo diez y nueve años, y estoy hecha casi una vieja..... señorita.

Y habiéndose interrumpido, añadió vivamente:

—A propósito: ¡mis cumplimientos! ¡Oh! ¡no te hagas la disimulada!..... Se dice por ahí que será en el mes próximo.....

Paulina la devolvió sus caricias con la gravedad afectuosa de una hermana mayor, aunque tenía diez y ocho meses menos que su amiga, y un ligero rubor subió á sus mejillas cuando la oyó aludir á su casamiento proyectado con Lázaro.

—Pues no, chica; ¡te han engañado!—respondióla.—Nada hay fijo todavía, sino que ha de ser en el otoño.

En efecto, la señora Chanteau había hablado del

otoño, á pesar de su repugnancia, de la cual los dos jóvenes comenzaban á apercibirse; porque ella se obstinaba en su primer pretexto, es decir, que hubiera preferido ver á su hijo, antes de la boda, en buena posición.

—¡Corriente!—contestó Luisa.—¡Bien sabes guardar tus secretos! Pero por lo menos yo estaré allí, ¿no es verdad?... ¿Y Lázaro, dónde está?

Chanteau, á quien el cura Horteur acababa de ganar la partida, dió la respuesta:

—¿Pero no le has visto, Luisita? Pues hace poco estábamos diciendo que probablemente os encontraríais.... Está en Bayeux, con un encargo para el Subprefecto, y volverá esta noche, quizás algo tarde.

Y en seguida se puso á jugar, diciendo:

—Me toca salir, señor Cura.... ¡No hay que dudar de que tendremos los famosos diques, porque el departamento no puede rehusarnos una subvención!

Aquello era nueva aventura que entonces apasionaba á Lázaro.

En las últimas grandes mareas de Marzo, el mar había arrastrado otras dos casas de Bonneville, aldea que poco á poco era devorada sobre su estrecha playa

de rocas, y que sería definitivamente arrancada por las olas si no se acudía á protegerla con serios trabajos.

Pero tenía tan escasa importancia con sus treinta casuchas viejas, que Chanteau, en su cualidad de alcalde, hacía diez años que reclamaba en vano al subprefecto acerca de la situación desesperada de los habitantes

Lázaro, impulsado por Paulina, cuyo principal deseo era hacerle emprender un trabajo, había formado el proyecto de todo un sistema de presas y estacadas que debían enfrenar el Océano; pero se necesitaba dinero para realizarlo, unos doce mil francos, por lo menos.

—Este le soplo, amigo mío—dijo el Cura tomando un peón.

Y en seguida explanó complaciente algunos detalles relativos al antiguo Bonneville.

—Había una quinta bajo la misma iglesia, según dicen los ancianos del pueblo, á un kilómetro de la actual playa, ¡y hace más de cinco siglos que el mar les traga lentamente! Esto es incomprensible, y claro es que han de expiar de padres á hijos sus abominaciones....

Paulina había vuelto á colocarse cerca del banco

donde estaban los cuatro chiquillos, sucios, harapientos, con la boca estúpidamente abierta.

—¿Pero qué es eso?—la preguntó Luisa, no atreviéndose á acercarse.

—Pues eso—respondió Paulina—son mis amiguitos.

Y era que su caridad en acción se extendía por toda la comarca: ella amaba instintivamente á los seres desgraciados, y no la repugnaban sus infortunios, llegando en su afán á curar las gallinas que se rompían una pata y á dejar en el huerto, durante la noche, escudillas con sopa para los gatos perdidos; tenía cuidado de todos los que veía sufrir, y tenía necesidad de aliviarlos y alegría de aminorar sus sufrimientos.

Así era que los pobres de la aldea acudían á ella con las manos abiertas, como los gorriones acuden á las ventanas de los graneros.

Bonneville entero, aquel puñado de pescadores ruidos por tantas desgracias, con el desquiciamiento de la alta marea, llegaba á casa de *la señorita*, según se la denominaba; pero ella quería más á los niños, á los infelices que dejaban ver sus carnes sonrosadas por los rotos de sus calzones, á las pobres muchachas pálidas y enfermizas que no tenían que

comer y devoraban con la vista las libretas de pan que se les daba.

—¿Ves, Luisa?—replicó riendo.—Tengo también mi día, como las grandes señoras: el sábado. Eh, tú, picaruela Gonin, ¿quieres no volver á pellizcar á ese bruto Houtelard? ¡Mirad que me incomodo si no sois juiciosos!.... Vamos á proceder por orden.

Entonces comenzó la distribución, y Paulina llamó el primero al mencionado Houtelard, muchacho de diez años, de faz amarillenta y aspecto sombrío, terroroso; tenía el infeliz en el codo del brazo derecho un largo arañazo, y su padre le enviaba á casa de *la señorita* para que le aplicase alguna cosa encima de aquellas carnes desgarradas.

Porque ella era quien suministraba á los pobres del país el árnica y el agua sedativa que necesitaban, y en su afán de curar había adquirido poco á poco una farmacia muy surtida, de la cual estaba orgullosa.

Cuando curó y vendó al muchacho, dió algunos detalles á Luisa en voz baja.

—Estos Houtelard, querida mía, son los únicos pescadores ricos de Bonneville.... Ya sabes: la barca grande es suya.... Pero tienen una avaricia espantosa, una vida de perros en una suciedad sin nom-

bre Y lo peor es que el padre, después de haber matado á su mujer á palos, se ha casado con la criada, una muchacha más dura de corazón que él mismo.... Y ahora, entre los dos, martirizan á ese pobre niño....

Y sin fijarse en la inquieta repugnancia de su amiga, añadió en voz alta:

—Ven acá, pequeña.... ¿Has acabado ya el frasco de quinina?

La pequeña, hija de Prouane el alguacil, diríase que era una Santa Teresa niña, cubierta de escrófulas, de transparenté demacración, con grandes ojos en cuyas pupilas relampagueaba la llama de la histérica.

Tenía once años, y apenas representaba siete.

—Sí, señorita—murmuró;—ya lo he bebido todo.

—¡Embustera!—gritó el Cura, sin apartar la vista del tablero de damas.—¡Tu padre olía al vino ayer tarde!

Paulina se incomodó; los Prouane no tenían barca, recogían langostas y almejas, vivían de la pesca de langostinos; pero con la plaza de alguacil que el padre ocupaba podrían haber comido pan todos los días sin sus borracheras.

Hallábase con frecuencia á marido y mujer ten-

didos á través de las puertas, trastornados por el *calvados*, terrible aguardiente normando, y cuando éste faltaba, Prouane bebía el vino de quinina de su hija.

—¡Y yo que me tomo la molestia de prepararlo!—exclamó Paulina.—Escucha: reservaré el frasco, y vendrás aquí todas las tardes, á las cinco, para beberlo.... Y además te daré carne cruda picada, porque así lo ha prescrito el doctor.

En seguida tocó el turno á un muchacho de doce años, el hijo de Cucho, un galopin de precoces vicios: á éste le dió una libreta, un puchero con sopa y una moneda de cinco francos.

También aquel muchacho personalizaba una historia triste: después de la destrucción de su casa por el mar, Cucho dejó á su mujer por una prima, y aquélla, refugiada en una caseta ruínosa de aduaneros, y no obstante su repulsiva fealdad, se había abandonado á la vida airada; y lo peor era que el muchacho, que asistía á todas aquellas escenas y parecía de hambre, escapaba con saltos de cabra montés cuando se le decía que huyera de semejante cloaca.

Luisa se apartaba con repugnancia mientras Paulina refería tal historia sin escrúpulo alguno, porque ésta, libremente educada, tenía la serena bravura de

la caridad ante las vergüenzas humanas, y la otra, instruída lo bastante en diez años de interna en un colegio, profesaba la opinión de que esas cosas eran de las que se piensan con frecuencia, pero no conviene jamás hablar de ellas....

—¡Ah, ya!—continuó Paulina—Pues justamente la niña que aún queda, esa rubita de nueve años, tan gentil y sonrosada, es la hija de Gonin, en cuya casa se ha instalado el pillastre de Cuche... Esos Gonin, muy holgados, tenían una barca, pero el padre fué acometido de parálisis en ambas piernas, enfermedad frecuente en esta comarca, y Cuche, que comenzó por ser marinero de aquél, es ahora patrón de la barca..... y de la mujer..... La casa también le pertenece, y pega al viejo enfermo, que pasa días y noches encerrado en un viejo cofre de carbón, mientras su antiguo marinero y su mujer duermen en su propio lecho..... La desgracia es que esta niña es demasiado inteligente, ¡y presencia unas cosas!

Y habiéndose interrumpido, preguntó á la rubita:
—¿Qué tal por tu casa?

La niña, que había seguido atentamente aquel relato, hecho á media voz, y cuyo lindo semblante de vieiosa muchachuela sonreía solapadamente, respondió sin cesar de reír;

—¡Pues todavía le pegan!... Esta noche mamá se ha levantado y ha cogido una estaca..... ¡Ah, señorita! ¿seriais tan buena que le dieseis un poco de vino? Porque ellos han puesto un cántaro encima del cofre, diciendo que ya podía reventar.....

Luisa hizo un ademán de horror. ¡Qué gentes más miserables! y á su amiga le interesaban tales horrores? ¿era posible que á las puertas de una población tan grande y tan culta como Caen existiesen esos agujeros donde los habitantes viviesen de aquel modo, cual verdaderos salvajes? ¡Pero era necesario ser muy salvajes, para pisotear así todas las leyes divinas y humanas!

—No, querida mía—murmuró Luisa, yendo á sentarse cerca de Chanteau;—ya he visto bastante lo que son tus amigos y protegidos, y aunque la mar les aplastase, créeme, no sería yo quien les tuviera lástima.....

El Cura, que acababa de meter dama, dijo:

—¡Sodoma y Gomorra! ¡Bien les he predicado hace veinte años! ¡Tanto peor para ellos!

—Yo he pedido una escuela—dijo Chanteau, desolado al ver comprometido su juego;—pero hay pocos niños, porque los hijos de personas pudientes van á Verchemont.

Paulina miraba sorprendida á la niña: la enfermedad y la miseria estaban reunidas en ella, y la muchacha no experimentaba ningún movimiento de repulsión delante del sufrimiento, aunque éste parecía el resultado del vicio.

Y cuando prometió á la niña Gonin que ella iría á ver á su padre, Verónica se presentó en la puerta y empujó hacia adelante otra chicuela, diciendo:

—¡Ahí va esa señorita!

Aquella niña tenía cinco años, estaba cubierta de harapos, con su rostro negro y sus cabellos enmarañados; y en seguida, con el aplomo extraordinario de quien está acostumbrado á la mendicidad pública, comenzó á gimotear así:

—¡Una limosnita para mi pobre padre que se ha roto una pierna!

—Esta es la hija de los Tourmal, ¿verdad?—preguntó Paulina á la criada.

El Cura se incomodó.

—¡Ah, la bribona! No la escuchéis, porque hace más de veinte años que su padre se está rompiendo la pierna.... ¡Una familia de ladrones que sólo vive de rapiñas! El padre ayuda á los contrabandistas, la madre merodea en los campos de Verehemont, el abuelo va por la noche á Roqueboire á robar ostras

en el parque del Estado.... ¡Y ya veis cómo tienen á la hija! Han hecho de ella una mendiga, una ladronzuela que envían á las gentes para que atrape todo lo que pueda.... ¡Miradla cómo está acechando mi tabaquera!

En efecto, los vivos ojos de la niña, después de haber escudriñado los rincones de la terraza, resplandecían con vivo fulgor al mirar la vieja tabaquera del Cura.

Pero la niña no perdía su aplomo, sino que repitió con voz quejumbrosa, como si aquél no hubiese dicho nada:

—¡Se ha roto una pierna!... Dadme alguna limosna, mi buena señorita.

Esta vez Luisa se echó á reir delante de aquel aborto de cinco años, ya tan canalla como sus padres, y Paulina, que la contemplaba con seriedad, abrió su portamonedas y sacó otra moneda de cinco francos.

—Escucha—dijo á la niña,—yo te dará una igual todos los sábados, si me prometes no pedir por calles y caminos durante la semana.

—¡Esconded los cubiertos!—gritó entonces el Cura Horteur—porque si no, los robará....

Pero Paulina, sin contestarle, despidió á los niños,

que se retiraron, arrastrando sus rotos zapatos, y murmurando:

—¡Muchas gracias! ¡Dios se lo pague!

La señora Chanteau, que volvía de echar una mirada al cuarto dispuesto para Luisa, incomodóse con Verónica. ¡Aquello era insoportable! ¿Por qué la doméstica se convertía en introductora de mendigos? ¡Como si la señorita no llamara bastantes á la casa! ¡Un montón de gusanos asquerosos que la comían un cóstado, y después se burlaban de ella!

Cierto que su dinero la pertenecía, y podía derrocharlo como le diera la gana; pero era una inmoralidad alentar con él á los viciosos.....

Sin duda la señora Chanteau había oído á su sobrina prometer cinco francos todos los sábados á la niña Tourmal, y resultaban veinte francos al mes. ¡La fortuna de un sátrapa no bastaría para tanto despilfarro!

—Ya sabes que no quiero ver aquí á esa ladronzuela—dijo á Paulina.—Si tú eres ahora dueña de tu dinero, yo no puedo por ningún concepto dejar que te arruines tan estúpidamente, porque tengo responsabilidad moral..... Sí, arruinarte, y más pronto que supones.....

Verónica, que habíase escondido en la cocina, fu-

riosa con la reprensión de su ama, reapareció en la terraza, gritando brutalmente:

—¡Aquí está el carnicero que trae la cuenta! Cuarenta y seis francos y diez céntimos.....

Una gran turbación cortó la palabra á la señora Chanteau: registróse los bolsillos, é hizo un gesto de disgusto; mas en seguida dijo en voz muy baja:

—Di, Paulina, ¿tienes ahí bastante? Porque yo no tengo aquí dinero y tendría que subir.....

Paulina siguió á la criada para pagar al carnicero.

Desde que ella tenía el dinero en su cómoda, igual comedia se representaba cada vez que presentaban una factura; aquella era una explotación en toda regla por sumas no muy crecidas; la tía no se tomaba la molestia de tocar el legajo de los títulos, sino que lograba que su sobrina se despojase con sus propias manos.

Primero se llevó una cuenta, y la señora Chanteau reintegraba diez francos, quince francos, no más; pero bien pronto la cuenta se embrolló, y tan rudamente, que se dejó el arreglo para más tarde, para la época de la boda, lo que no impedía, por supuesto, que Paulina pagase religiosamente el día primero de cada mes la pensión que la tía había aumentado á noventa francos desde el pasado Julio.

—¡Siempre es vuestro dinero el que danza!—gruñó Verónica en el pasillo.—Yo la hubiera dejado ir á buscar su moneda... ¡Ah! ¿por qué permite Dios que os coman hasta lo que tenéis puesto?

Cuando Paulina volvió con la factura pagada, y se la entregó á su tía, el Cura ganaba ruidosamente la partida de damas: Chanteau era derrotado otra vez, y decididamente no ganaría una.

El sol se ponía, y sus rayos oblicuos inundaban de brillante púrpura el mar, que subía hacia las playas con ola perezosa.

Luisa contemplaba con vaga mirada el inmenso horizonte, y sonreía con delicia.

—¡Ahí está Luisita volando hacia las nubes!—dijo la señora Chanteau —¡Eh, Luisita! He dispuesto que suban tu maleta, y te advierto que volvemos á ser vecinas.

Lázaro no regresó hasta el día siguiente, porque después de su visita al Subprefecto de Bayeux, había decidido ir á Caen para ver al Prefecto, y si no volvió con la subvención en el bolsillo, estaba persuadido (afirmaba) de que el Consejo general votaría la suma de doce mil francos, por lo menos.

El Prefecto le acompañó hasta la puerta, comprometiéndose con formal promesa, pues no se podía

abandonar á Bonneville; y por otra parte, la Administración central estaba dispuesta á secundar el celo de los vecinos de aquel Ayuntamiento.

Unicamente Lázaro se desesperaba, porque preveía entorpecimientos de todas clases, y la menor demora en la realización de cualquiera de sus deseos se convertía para él en verdadera tortura.

—¡Palabra de honor!—exclamaba.—Si yo tuviese diez mil francos, preferiría adelantarlos..... y aun no se necesitaría esa suma para hacer el primer ensayo. ¡Ya veréis cuánto nos fastidian antes de votar la subvención!..... Sin contar con que caerán sobre nuestras costillas todos los ingenieros de la provincia..... y si comenzásemos las obras sin ellos, no tendrían más remedio que inclinarse delante de los buenos resultados. ¡Estoy seguro de mi proyecto!..... Como que el Prefecto, á quien se le expliqué en pocas palabras, mostróse maravillado de su sencillez y de su baratura.

La esperanza de dominar al Océano le producía fiebre: conservaba algún rencor contra él, acusándole sordamente de su ruina en el negocio de las algas, y si no se atrevía á injuriarle en alta voz, por lo menos acariciaba la idea de vengarse.....

¿Y cuál mejor venganza que detenerle en su ca-

mino de ciega destrucción, y decirle con voz dominante: «¡No irás más allá!»

Cuando su madre le veía pasar días y noches tallando pedazos de madera, y hojeando tratados de mecánica, acordóse temblando de su abuelo, el carpintero emprendedor y travieso, cuya obra maestra, perfectamente inútil, dormía bajo un fanal. ¿Renacería en él aquel viejo para completar la ruina de la familia?

Mas luego se dejó convencer por su hijo adorado: si él tenía buen éxito (y lo tendría, ¡naturalmente!), estaba dado el primer paso; una bella acción, una obra desinteresada, que lo pondría en evidencia: desde allí caminaría en línea recta a donde quisiera, tan arriba como su ambición lo deseaba.

Desde tal día toda la casa soñaba con humillar el Océano, encadenarle al pie de la terraza, con la obediencia de un perro castigado.

El proyecto de Lázaro era, como él decía, de gran sencillez; constituíanle gruesos pilotes clavados en la arena, forrados de planchas metálicas, y detrás de ellos los guijarros que arrastraba la marea formarían una muralla inexpugnable, contra la que se estrellarían las olas: el mismo Océano estaba, por consiguiente, encargado de construir el reducto que había

de cerrarle el paso, y dos presas completarian el sistema, haciendo de rompeolas delante de los muros de guijarros.

Lázaro completaba su idea primera, tomada del *Manual del perfecto carpintero*, haciendo considerables investigaciones, estudiando la teoría de las fuerzas y la resistencia de los materiales, mostrándose entusiasmado con una nueva ensambladura y una inclinación de las presas, que, según él, darían por sí solas un éxito absolutamente seguro.

Paulina también se había interesado por aquellos estudios: tenía, como el joven, la curiosidad despierta siempre a nuevas experiencias que la pusieran cerca de lo desconocido; pero lo veía todo con más frialdad, sin ilusionarse ante la posibilidad de un fracaso.

Cuando ella veía al mar subir y subir, la marea barriendo la tierra, lanzaba miradas de duda a los modelos que Lázaro había construido, hileras de pilotes, presas, estacadas microscópicas.....

Una noche permaneció hasta muy tarde a la ventana, porque su primo hablaba hacia días de quemar sus proyectos y emigrar a Australia, toda vez que en Francia no había puesto para él.

Y mientras ella pensaba en estas cosas, la mare-

jada en toda su plenitud azotaba á Bonneville en medio de las tinieblas: á cada sacudida de las olas, estremeciéndose, creía escuchar el gemido de los infelices devorados por el mar, y entonces le pareció insufrible el combate oculto que su bondad libraba contra el amor al dinero.

Cerró la ventana, y no quiso escuchar más; pero los golpes lejanos del agua la sacudían hasta en el lecho. ¿Por qué no intentar lo imposible? ¿Qué importaba aquel dinero arrojado al agua, si se tenía la suerte de salvar la aldea?

Á la mañana siguiente llamó á su primo antes de bajar.

—¿No sabes?—le dijo riendo.—He soñado que yo te prestaba los doce mil francos.

Y él, incomodándose, rehusó vivamente.

—¿Quieres que parta de aquí para siempre, y no vuelvas á verme?..... No, no: basta con lo de la fábrica; ¡muero de vergüenza sin habértelo dicho!

Dos horas después aceptaba y estrechaba las manos de Paulina con efusión apasionada.

Por supuesto, aquello era un simple adelanto, y su dinero no corría ningún riesgo, porque el voto de la subvención por el Consejo general era indudable, máxime ante el principio de las obras.

En la misma tarde fué llamado el carpintero de Arromanches, quien celebró con Lázaro largas conferencias y una discusión encarnizada sobre el presupuesto; en fin, que la casa entera perdía la cabeza.

La señora Chanteau, sin embargo, se incomodó cuando supo lo del préstamo de doce mil francos, y Lázaro, extrañándole aquello, no lo comprendía: sin duda (según los argumentos de su madre) Paulina les adelantaba de cuando en cuando algunas sumas, y tal vez ella lo consideraba como indispensable; pero ¿por qué no pedir al padre de Luisa que les abriese un crédito, ó bien á la misma Luisa, que tenía un dote de doscientos mil francos?

Esta cifra estaba incesantemente en labios de la señora Chanteau, quien aparentaba desdeñar los restos de la fortuna de su sobrina, aquella fortuna que se había casi derretido en el *secrétaire*, y continuaba derritiéndose en la cómoda.

Chanteau, impulsado por su mujer, afectaba igualmente gran contrariedad, y Paulina, observándolo, experimentó profundo pesar: ella daba su dinero, y conocía que era menos querida que antes; había alrededor de ella una especie de rencor latente, cuya causa no podía explicarse, que aumentaba de día en día.

Cuanto al doctor Cazenove, también refunfuñaba si ella le consultaba por pura fórmula, porque estaba moralmente obligado á decir que *si*: era la misión de curador completamente ilusoria, y se encontraba desarmado en aquella casa, donde se le recibía como antiguo amigo; pero el día de los doce mil francos renunció á toda responsabilidad.

—Hija mía—dijo á Paulina hablándola á solas—yo no puedo ser cómplice vuestro; cesad de consultarme y arruinaos según lo pida vuestro corazón.... Bien sabéis que nunca resistiré á vuestros ruegos, y en verdad que tengo en seguida remordimientos de conciencia, y ésta muy perturbada: mejor quiero ignorar lo que desapruebo.

Ella, conmovida, lo miraba con humedos ojos, y decía después de un rato de silencio:

—Gracias, mi querido doctor, ¿pero no es eso lo más prudente? ¿qué importa, si soy feliz?

Él la tomó ambas manos, y se las estrechó paternalmente, con triste emoción.

—Sí, sois feliz; pero no sabéis aún que la desgracia se compra bien cara algunas veces.

Naturalmente, Lázaro había abandonado la música en el ardor de la batalla que intentaba librar contra el mar; el piano aparecía cubierto de polvo,

la *partition* de la gran sinfonía había caído otra vez en el fondo de un cajón de la mesa, y gracias á Paulina, que recogió las hojas hasta debajo de las sillas.

Digamos, no obstante, que ciertos números de su obra musical no le satisfacían; así, la dulzura melódica del derrumbamiento final del mundo, escrita para tiempo de vals, pareciale que estaría mejor expresada con tiempo de marcha muy lenta.... y una noche declaró que comenzaría á arreglarla cuando tuviera ocasión de trabajar.

Y sus llamaradas de deseo, su malestar con el perpetuo contacto de la joven estaban aliados con su fiebre de genio: era una gran pasión retrasada, y trataba á su prima como antigua amiga, ó bien como esposa legítima que se le entregaría por completo cuando él abriera sus brazos.

Además, desde que llegó la primavera ya no vivían tan herméticamente cerrados, y el aire del campo les arrebatava el calor de las mejillas; la gran sala quedaba solitaria, y los dos corrían juntos por la peñascosa playa, delante de Bonneville, estudiando los puntos en que las empalizadas y las presas deberían ser construídas; á menudo caminaban con los pies en el agua fresca, y volvían cansados como en los ya lejanos días de su infancia.